

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 21 de Enero de 1897

Núm. 322

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Catulo Mendes



Desconfianza

Palique

Me parece á mí que lo menos que se le puede pedir á un académico de la Historia y de la Lengua, es que sepa historia y que sepa escribir en castellano, ó por lo menos, *en académico*.

Pues no, señor; ahí está don Víctor Balaguer (entre otros), que nos trae de *Granada* estos *Recuerdos* y el modo de poner la pluma que van ustedes á ver.

Y dice Balaguer: «Por los amores de una dama se perdió España y por los de otra se cobró».

Sección de Gramática. — Balaguer no quiere decir se perdió España, sino *á* España; pero no sabe.

Sección de Historia. — Que por la *Cava* se haya perdido á España, es una leyenda muy bonita, que hoy no admiten los historiadores algo escrupulosos.

Pero Balaguer cree que de las leyendas se originan las historias... Sí, las falsas. Si las leyendas no son verdaderas.

Y dice Balaguer: «Doña Isabel de Solís, al tornarse mora».

¡Qué absurdo! Es como si yo dijera: «Don Víctor al tornarse gallego».

Se llama por extensión, *moro*, al *natural* de ciertas regiones donde se sigue la secta de Mahoma; pero nunca es *moro* el que no habiendo nacido tal, se hace mahometano. No soy yo quien lo dice, lo dice la Academia á que pertenece Balaguer.

«Trabajar *á* la pérdida de Granada» está mal, señor Balaguer. En francés podría pasar. ¡Vaya un modo de limpiar y fijar el idioma que tiene este académico!

«Qué hermosa que debió de ser Granada en tiempos de sus amores con el árabe».

«¡Qué hermosa con sus purísimas auras!...

Pero, qué, ¿también ha perdido las auras Granada, desde que tronó con el árabe?

«Con aquella sierra vecina arrebozada en su alquicel de nieves...»

¡Pero, hombre, si Sierra Nevada todavía está allí!

«Era Granada, entonces, metrópoli de ciudades marítimas.» Es decir, la *ciudad* principal entre las marítimas... ¿De modo que entonces llegaba el mar á Granada?

¡Ay! ahora no. El mar, por lo visto, se retiró con el *árabe*.

«Madre benigna de huéspedes y marinos».
¿Cómo había de ser madre de los huéspedes, es decir, de los forasteros? ¡A no ser que el Ayuntamiento les declarase hijos adoptivos!

* * *

Otras cosas que era Granada: «huerto de frutos, vergel de flores, delicia de los hombres, edén de las mujeres (ó viceversa), erario público.»

¡Adiós poesía! De modo, que si era erario público Granada, era cosa de la tesorería.

«Mansión de palacios».

¿Es decir, que los palacios *habitaban*... en vez de ser habitados?

«... la Amada veía transcurrir sus siestas».

De manera que la Amada dormía la siesta... ¡y lo estaba viendo!

«No se sabía en las fuentes de el Alhambra si quien corría era el agua ó era el mármol».

El agua, don Víctor, el agua; no le quepa á usted duda.

«En ninguna parte ví tal aplegamiento».

Yo tampoco ví tal *aplegamiento* en ninguna parte. Como que aplegamiento no significa nada en castellano; ni siquiera en el de la Academia.

«Se reunen y atumultizan».

¡Atumultizan! Pero, don Víctor, ¿usted cree que por ser académico puede ir inventando español á su arbitrio?

Opina Balaguer que las golondrinas á veces turban la luz del sol.

¡Ponderativo!

Y que «van y vienen, vuelven y *revuelven*».

Y «acuchillan el aire».

Pues Balaguer es á la lengua lo que las golondrinas al aire.

La acuchilla.

Afortunadamente, ni una golondrina hace verano, ni un Balaguer *hace* idioma.

Lo malo es que en la Academia hay muchos Balagueres, capaces de turbar la luz... que les encomendó Felipe V.

¡Y pensar que por el voto de un hombre que escribe como Balaguer, se puede decidir que una palabra sea ó no española... de *real orden*!

CLARÍN.

O. BEGGROW-HARTMANN



El desayuno



La antesala de un dentista

Mi album de retratos

Don Simeón

De todas las notabilidades que encierra mi album, Don Simeón es, sin disputa, la más respetable.

Físicamente, es un hombre rayano en los cincuenta y cinco, de estatura mediana, complexión recia y rostro en donde la vulgaridad más pronunciada armoniza felizmente con una expresión de importancia llevada á su apogeo.

El convencional Dantón, decía de su colega Saint Just, que llevaba la cabeza como si fuera el Santísimo Sacramento. De la misma manera lleva don Simeón la suya.

Su padre había empezado por ser un pelafustán y un hambrón; pero con más conchas que un galápago y con la firmísima resolución de morir dentro del pellejo de un potentado. Muy activo, eso sí, muy trabajador, brutal, con una voluntad de hierro y carencia completa de entrañas. Montó una fabriquita de tejidos, que poco á poco se convirtió en un establecimiento de primer orden en el que trabajaban centenares de obreros, cuyas fuerzas vivas sabía explotar don Facundo con maravillosa obstinación: pintábase sólo para exprimir el jugo ageno hasta lo imposible. Con esto y algunas especulaciones hábilmente conducidas, entre las que figuraban los préstamos necesarios al por mayor y hasta al por menor, consiguió el insigne varón sus propósitos, y cuando murió después de haber liquidado su fábrica en soberbias condiciones, vendiéndola á una sociedad anónima, de la que quedó él mismo importantísimo accionista, pudo legar á su único hijo y heredero don Simeón uno de esos capitalazos bien saneados y establecidos sobre sólidas bases que forman la felicidad y el orgullo de la alta burguesía.

*
*
*

En esto cifra su vanagloria don Simeón: en pertenecer á esa burguesía prepotente de nuestro siglo, y de la cual se considera él uno de los factores más importantes, uno de los representantes más legítimos. Profesa soberano desprecio, que apenas si se toma el trabajo de disimular, por las antiguas clases aristocráticas; por «ese enjambre de marqueses tronados y de condes sin una peseta — conforme él mismo dice — que viven de recuerdos, y de pergaminos y de tonterías». A la pequeña burguesía la concede cierta protectora bene-

volencia, por conceptuarla «utilísimo aunque modesto órgano dentro de la anatomía social». (Esta frase la leyó un día en cierto discurso político-económico, y habiéndole gustado en alto grado, se la apropió para su uso particular, la cita siempre que encuentra ocasión oportuna, y ha llegado á creer, á fuerza de repetirla, que es de su invención).

A los artistas y literatos les desdeña don Simeón con profunda sinceridad; reconoce, sin embargo, que «ha de haber gente para todo», y que de la misma manera que hay hombres destinados á la extracción de letrinas, ha de haberlos para hacer versos, para las comedias, para pintar cuadros, cincelar estatuas y escribir artículos y gacetillas en los periódicos. Pero á toda esa cofradía la considera con los ojos con que los grandes señores é hidalgos de antaño miraban á los juglares y comediantes.

Una excepción hace, no obstante, don Simeón, y es en favor de los tenores que ganan mil duros por noche y de los artistas que se hacen pagar dos ó tres mil por un retrato ó por un paisaje. A esos, casi les toma por personas decentes.

Cuanto al pueblo, al pueblo que trabaja afanoso desde que amanece hasta que anochece para conquistar el magro pucherete, nuestro olímpico burgués no se acuerda siquiera de que exista. Y uno de sus mayores asombros es eso que se ha dado en llamar *revindicaciones sociales*. Pues ¿qué?... ¿acaso no ha costado bastante trabajo organizar la sociedad tal como está para que algunos mentecatos se empeñen ahora en desorganizarla?...

* * *

Don Simeón no ha trabajado jamás. Bastante trabajo se llevó su señor padre en conquistar el fortunón que legó para que él no tenga el derecho al reposo.

Reposo relativo, por supuesto; ¡si supieran ustedes — dice el hombre con adorable candor — lo trabajoso que es administrar una fortuna como la mía!...

— La mano me duele hoy — le oí exclamar hace algunos días.

— Un poco de reuma ¿eh?

— ¡Ca! no señor; es que la tengo cansada; figúrense ustedes que me he pasado toda la santa mañana cortando cupones.

Peró como esta penosa ocupación no se presenta más que cinco ó seis veces al año, don Simeón puede emplear como mejor le cuadra la casi totalidad de los 365 días del Calendario. Generalmente se levanta temprano: á eso de las diez. No es hombre que pueda permanecer entre sábanas más allá de nueve horas. Se desayuna parcamente con un tazón de chocolate y un vaso de leche en que chupa, á lo sumo, una docena de bizcochos. Echa una ojeada á su diario — diario eminentemente burgués — para enterarse de los últimos cambios de Bolsa y de los telegramas; procede á su *toilette*, y, si el día se presenta bueno, se echa á la calle antes de que hayan dado las doce.

Entonces es cuando se satura, por decirlo así, don Simeón, de su verdadera importancia social. Todo cuanto ve ante su paso, todo cuanto le rodea, le demuestra con muda elocuencia la transcendental representación que ha adquirido en esta sociedad de que es el majestuoso símbolo. En medio de los transeuntes que caminan presurosos de uno á otro lado, en cien distintas direcciones, con paso y gesto de hombres que van á sus negocios, don Simeón anda lento y tranquilamente como quien no tiene nada que hacer. Delante de sus ojos se desliza la muchedumbre que trabaja; que trabaja para él, haciendo mover el poderoso y complicado engranaje, dentro del cual vive con la envidiable serenidad de un dios pa-

E. KLIMACH



Juventud deliciosa

gano, á quien dejan indiferente las cuitas, los apuros, las miserias y cansancios de los míseros mortales. ¿Para quién sino para don Simeón se afanan esos pobretes que ante su mirada se entregan á la cotidiana labor?... El carretero, que guía el vehículo lleno de mercancías; el albañil, que desafiando el peligro de muerte aparece como una diminuta figura en la elevada cornisa de la soberbia casa recientemente construída; el dependiente del corredor de cambios, que pasa corriendo con la lengua afuera; el dependiente del almacén, que coloca los géneros en posición vistosa; el médico, que baja de un tercer piso para encaramarse á un cuarto; el magistrado, que se dirige á la Audiencia para cumplir sus deberes; ¿para quién y por quién trabajan sino en beneficio y utilidad de don Simeón?... para que él no carezca ni de lo necesario ni de lo superfluo y tenga el capital asegurado y casas que le den buena renta; doctores que le asistan si está enfermo y jueces que le den la razón si algún menguado se la disputa?

Un toque marcial de cornetas, que acompaña un rumor acompasado, hace volver la cabeza al ilustre paseante; las gentes se detienen, y don Simeón, que hace lo propio, contempla un espectáculo que en aquella especial predisposición de espíritu en que se encuentra le parece magnífico: trescientos hombres, que mejor tienen el aspecto de trescientos niños, avanzan con paso rápido; visten de rayadillo y llevan el fusil al hombro.

— ¿A dónde van? — pregunta un chico curioso.

— A defender el honor de España y la integridad de la patria, hijo mio; — contesta un anciano con todas las trazas de militar retirado.

Pero á don Simeón le asalta la idea de que aquellos trescientos muchachos, van como han ido antes otros muchos, á defenderle los cien mil duros que tiene colocados en *Cubas*. Y este pensamiento agiganta aún más y más la hondísima convicción que tiene de su propio poderío social y de su inmensa importancia. Y penetrado de creciente admiración por sí mismo, se encamina hacia su casa para devorar la succulenta comida que le espera á la una en punto.

JUAN BUSCÓN.

A. RITZBERGER



El regazo maternal

LOS SOBERANOS DE LA TIERRA



Los reyes de Portugal

El suspiro del Moro

(DE ENRIQUE HEINE)

I

Sale Boabdil tristemente
De los muros de Granada;
Y adelanta, pensativo,
Camino de la Alpujarra,
Con pena en el corazón
Y con la muerte en el alma,
Al frente de la vencida
Y brillante cabalgata;
Tras él, en fieros caballos
O bien en literas áureas,
Las mujeres de su harém
Van tristes y acongojadas;
Y montadas sobre mulas
Siguen las negras esclavas;
Cien fieles siervos después,
En bridones de la Arabia;
Altivos van los corceles
Con sus monturas bordadas,
Pero en la silla humillados,
Los ginetes moros marchan.

II

Ni añafles ni atabales
Alegran ya la Alpujarra,
Ni sonido de canciones
Ni bulliciosas palabras;
Sólo interrumpe el silencio
De la tarde sosegada
El son de los cascabeles
De las mulas enjaezadas

En la altura de la sierra
Desde donde la mirada
Por última vez descubre
Las bellezas de la Alhambra,
El fértil valle del Darro
Y su orilla perfumada;
Allí baja de su potro
Boabdil el Chico, que llaman,
Y contemplan la ciudad
Que el sol, ya poniente, baña
Cual manto real de oro,
Que envuelve á rico monarca;
Llora el infeliz caudillo
Y con triste voz exclama:
«¡Qué aspecto tan diferente
Del que tenías ¡Granada!
En vez de la tan querida
Media luna mahometana
Luce tu mezquita mora,
La cruz en su torre alta!
Y la española bandera
Tremola sobre la Alhambra!»
Al ver esto, sus mejillas
Quedan de llanto bañadas.
Y desde el noble caballo,
La madre del moro, anciana,
Al ver su triste miseria,
Le grita, altiva y amarga:
«Boabdil el Chico», le dice,
Con voz que le llega al alma,
«¡Llora como una mujer
La pérdida de Granada

Que defender no has sabido,
 Cual cumple á un hombre de armas!»
 Al oír esta repulsa
 La favorita adorada
 Del Rey, deja la litera
 Y al cuello de éste se abraza:
 «¡Amor de mi vida, dice,
 No llores, mi prenda amada!
 En el fondo del abismo
 De tu miseria colmada
 Florece con lozanía
 De un laurel, la verde rama;
 Que no sólo el vencedor
 A quien coronan y aclaman,
 El eterno favorito
 De la fortuna alocada,
 Tiene derecho en el mundo
 A inmortalidad y fama;

También el ensangrentado,
 El hijo de la desgracia,
 Que combatió con valor
 Mas con suerte desdichada,
 Vivirá constantemente
 En la historia de la patria!»

—
 Hasta los presentes días,
Suspiro del Moro llaman,
 A aquel picacho en que el Rey
 Se despidió de Granada.
 Se cumplió la profecía
 De la bella mahometana:
 El nombre de Boabdil
 Vivirá siempre en España,
 Mientras tengan una cuerda
 Las andaluzas guitarras.

MARTÍN POU.

L. HERBO



Las cerezas

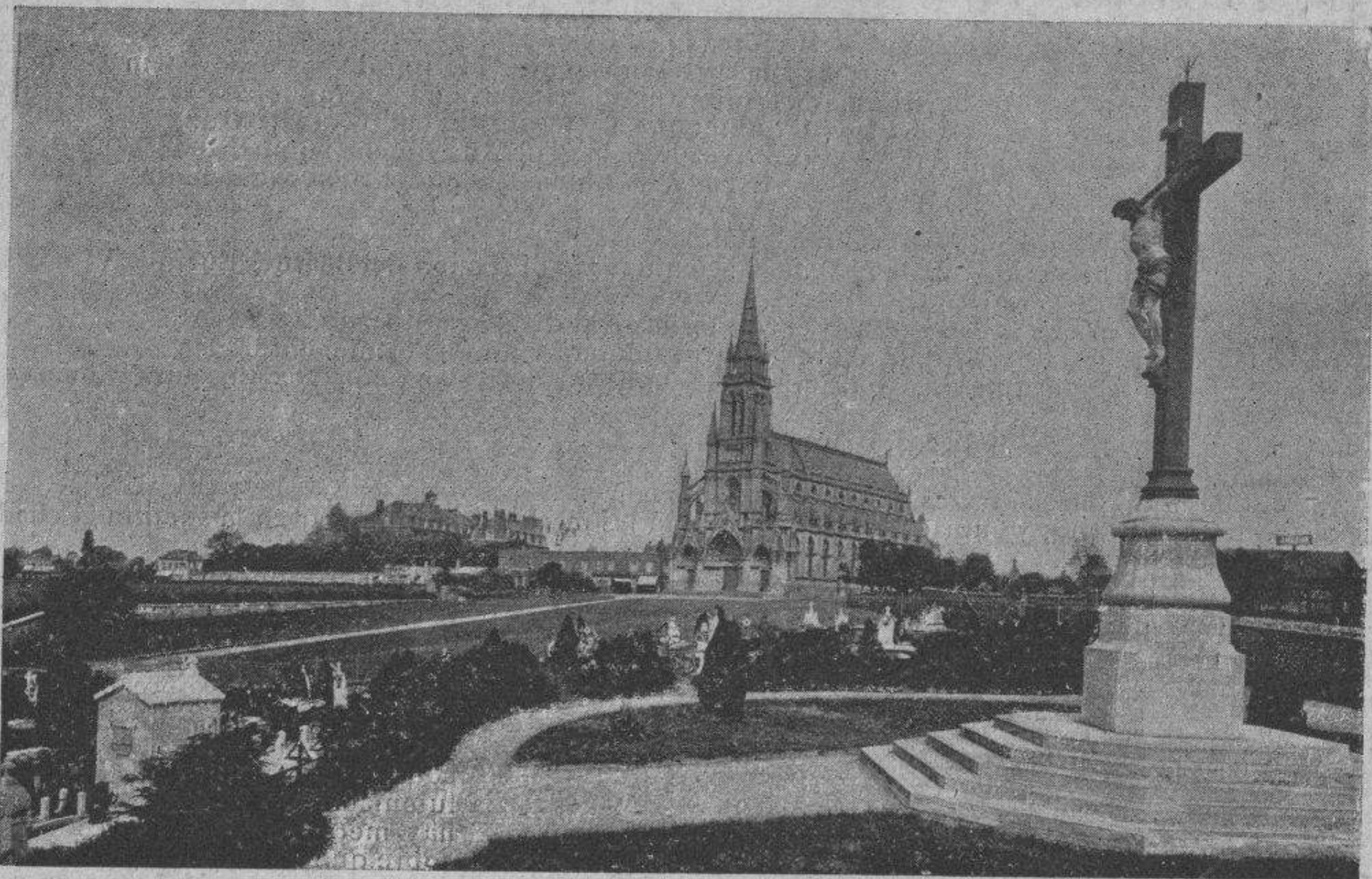
À una lágrima

Si la magia del arte
 Cristalizar pudiera
 Esa gota ligera
 De origen celestial,
 En la más noble parte
 Del pecho la pondría:
 Ningún tesoro habría
 En todo el orbe igual.
 Por ella amor se inflama,
 Por ella amor suspira,
 Ella á la par inspira
 Ternura y compasión.
 Su luz es como llama
 Del cielo desprendida,
 Que infunde al mármol vida,
 Penetra el corazón.

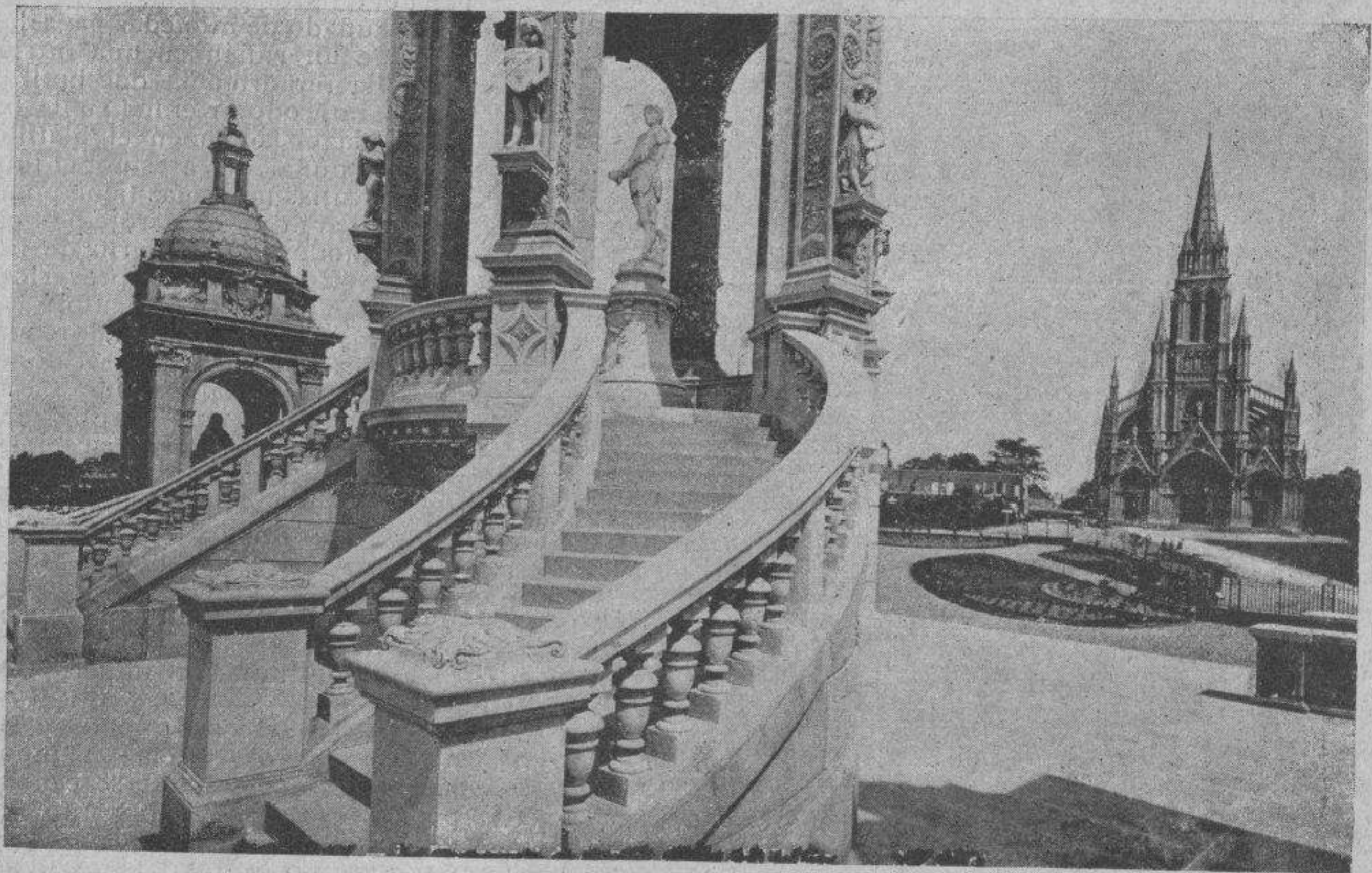
¡Quién mira indiferente
 La lágrima preciosa,
 Que vierte generosa
 La sensibilidad!
 Su brillo, transparente
 Del alma el fondo deja,
 Y hasta el matiz refleja
 De la felicidad.
 Permite que recoja
 Esa preciosa perla;
 Los ángeles al verla
 Mi dicha envidiarán:
 Amor en su congoja,
 Para calmar enojos,
 En tus divinos ojos
 Puso ese talismán.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



BONSECOURS.—Iglesia de Ntra. Sra. de Bonsecours



BONSECOURS.—Monumento á Juana de Arco y la Iglesia

Cuánto

Comentábase delante de la reina Isabel de Inglaterra la conducta de una dama de su corte que, cediendo á las poderosas ofertas de un opulento lord, había dejado apagar el fuego sagrado de su virtud.

—¡Baldón y vilipendio para la que se vende!—exclamó la hija de Enrique VIII dando al olvido por aquel momento los nombres de Dudley, de Leicester y del conde de Essex, sin duda porque no habiendo recibido dádivas de sus favoritos no le parecía mercado su liviandad.

—Dignaos pensar, señora—arguyó uno de sus cortesanos ó atrevido por demás ó por demás autorizado á expresarse de tal modo delante de su soberana—que aunque el sacrificio es grande, el precio casi disculpa la abdicación del deber. ¿Puesta en su caso no hubiera hecho lo mismo vuestra majestad?

—¿Yo? Nunca—prorrumpió la reina con la altivez heredada de Ana Bolena su madre.

—¿Aunque os ofrecieran el dominio sobre España en quien tan eficaz apoyo encuentran los audaces irlandeses?

—Mi honra está por encima de tan pequeñas ambiciones.

—¿Y si agregásemos la conquista de la Francia, en quien la abjuración del Bearnés Enrique VI nos señala un formidable enemigo de la reforma?

—Ni aun así—repitió tras breve pausa la encarnizada rival de María Stuardo.

—Pues bien; vaya por la hegemonía sobre la Europa entera y no regateemos más.

—La tentación es satánica; pero... no... imposible—murmuró la reina con voz insegura y menos convencida que pertinaz.

—¿No hay manera de corromperos, señora?

—Ninguna.

—¿Me obligaréis á que os ofrezca el imperio universal?

Isabel aquí dió un grito; y cubriéndose el rostro con las manos para fantasear en la sombra el cuadro de tamaño poderío, se limitó á contestar:

—¡Tanto diréis!!!

Y en efecto; esta es la historia de la humanidad. Todo se vende: la cuestión está en el precio. Lo importante es el cuánto.

J. MASRIERA



Calle

Ya siento caer sobre mí las iras de los que, fuertes en el ejercicio de la virtud, se revuelven contra mi aserto con la indignación de la probidad calumniada. Suspended el rayo, que si hay mercancías viles que manchan el cobre que las adquiere, existe también el puro diamante, que no por trocarse por oro, deja de constituir un mercado lícito.

Todo se vende; las acciones humanas no representan más que un cambio de beneficios mutuos, que cada cual cotiza con arreglo á sus necesidades, y en que el dinero, si bien ejecuta un importante papel, no siempre desempeña el de protagonista.

Un puñado de monedas paga la tercera de un rufián en una intriga de amor; la importancia del botín hace que, para producir el fiel en la balanza, añada el ladrón en el platillo del robo el puñal del asesino; el importe de unas sillas tapizadas tiene poder suficiente para que se arroje por el balcón el modesto mobiliario de la inocencia; el cohecho, la prevaricación, preguntan siempre: «¿cuánto?»

Y sin embargo, ¡qué valor tan distinto alcanzan estas transacciones según la capa social en que se agitan los que las ejecutan! Porque también se ven cohechos y prevaricaciones en todas las esferas; abyección en cualquier rango de la condición femenina; robos y asesinatos aun en el refinamiento de la educación, y zurcidores de voluntades hasta en el pináculo de la escala. ¡Qué acumulación de ofertas para llegar á ese «bastante» en que cada uno limita su imperio universal!

—«Pero hay cosas que no se dan con dinero»—me objetaréis.—Tampoco en las plazas comerciales se canjean los productos solamente por numerario; y no obstante, el cambio de una especie por otra no excluye la existencia de una operación mercantil.

¿Conocéis la fábula de Aquiles? Su madre le sumerge en la laguna Estigia para volverle invulnerable; pero el talón por donde le tiene asido escapa al

benéfico influjo de las aguas, y por aquel limitado punto viene á recibir la muerte el hijo de Peleo. Todos tenemos nuestro talón vulnerable oculto. La habilidad del mercader consiste en dar en el blanco. Por una peseta y una mentira, al asegurarle que no contiene nada de pago, el mozo del registro suele dejarle pasar á uno libremente el equipaje; pero no le daréis treinta y cuatro cuartos al vista de la aduana (si tropezáis con la excepción corruptible), por que entorne la suya aforando por otro artículo los de ilícito comercio que tratáis de introducir; os la arrojará á la cara. Centuplicad la suma; ¿resiste? multiplicadla; ¿se niega? convertidla en forma menos material aunque casi tan positiva; ¿rehusa? ese hombre tiene su cuánto en la virtud; hay que comprarlo al precio de las buenas obras. Convencedle, por ejemplo, de que aquellas armas, cuyo libre tránsito pedís, son los fusiles con que ha de derribarse la tiranía, contra la que lucha en secreto, ó las espadas que van á segar la licencia, contra la que se revuelve impotente, y os concederá gratis lo que sin embargo ha vendido á trueque de un falso deber. Y en la peseta del mozo como en el ideal del caballero, el fondo será siempre el mismo; el fraude. ¿Qué mantiene incólume sus principios? ¿Qué se revuelve contra sus propias simpatías? ¿Qué es puritano de la rectitud, en una palabra? Pues bien: puritano y todo, comercia; trueca su proceder por la satisfacción del bien obrar; y este es el canje del puro diamante de la virtud, por el finísimo oro de las recompensas morales. Porque decir que todo se vende, no es suponer que todo lo malo esté sujeto en absoluto á cotización, sino que, reconocida la tendencia utilitaria de la humanidad, hasta el bien encierra un cuánto.

¿Trátase de una claudicación en cualquier orden de ideas y en tal escala que exija el concurso de poderosos auxiliares? Medid previamente el alcance de vuestros recursos; examinad la cuerda sensible de la víctima; ved dónde tiene el talón. Si en la caja, henchídsela de oro; si en el pecho, colgadle una venera; si en la debilidad de las pasiones, oponedle la sonrisa de una mujer.

No dejéis nunca de preguntar á cómo está el cambio.

Venales son esas desgraciadas criaturas que por una módica retribución permiten á cualquier transeunte llenar con su firma una hoja del álbum de su existencia; de mercado infame se califica, con razón, su conducta. Y sin embargo, la que cediendo á los halagos del amor quiere disculpar su flaqueza con el desinterés de su caída ¿ha hecho otra cosa que venderse al apetito brutal ó cambiarse por el «ofrecimiento» de una suma representada por el matrimonio?

La madre que justifica su desliz con el pan que aporta á sus hijos huérfanos ¿no considera que su mercado no debe llamarse sacrificio porque sea distinta la forma de la moneda que pague la transacción?

La virtud es inflexible como la línea recta; la menor desviación produce la curva. Si hay que ser ó no ser, explicadme este fenómeno:

«No matar», dicen los códigos divinos y humanos.

Un asesino hunde su puñal en el corazón de un hombre; su móvil ha sido el robo; la justicia terrena halla insuficiente su cuánto y le condena al patíbulo que erigen en la plaza de su pueblo.

En el mismo lugar y la víspera de la ejecución, una persona dignísima, incapaz por sus inclinaciones de inferir el más leve daño al prójimo, piensa en las contadas horas de aquel infeliz y se horroriza ante la magnitud de su crimen.

¡Oh poder de las convicciones morales! ¡Oh saludable influencia de la educación! Por nada sería él capaz de desgarrar las carnes de un sér indefenso, acallando los gritos de su conciencia ante el estertor de la agonía. Amontonad riquezas á sus ojos, cegadle con el brillo de la opulencia, colmadle de distinciones, ofrecedle el imperio universal. Todo es poco; él no mata. Pero entra en su casa; sorprende á su mujer con un amante; su honor lo compra y asesina. Tenía el cuánto en la dignidad y ésta le ha descubierto el talón.

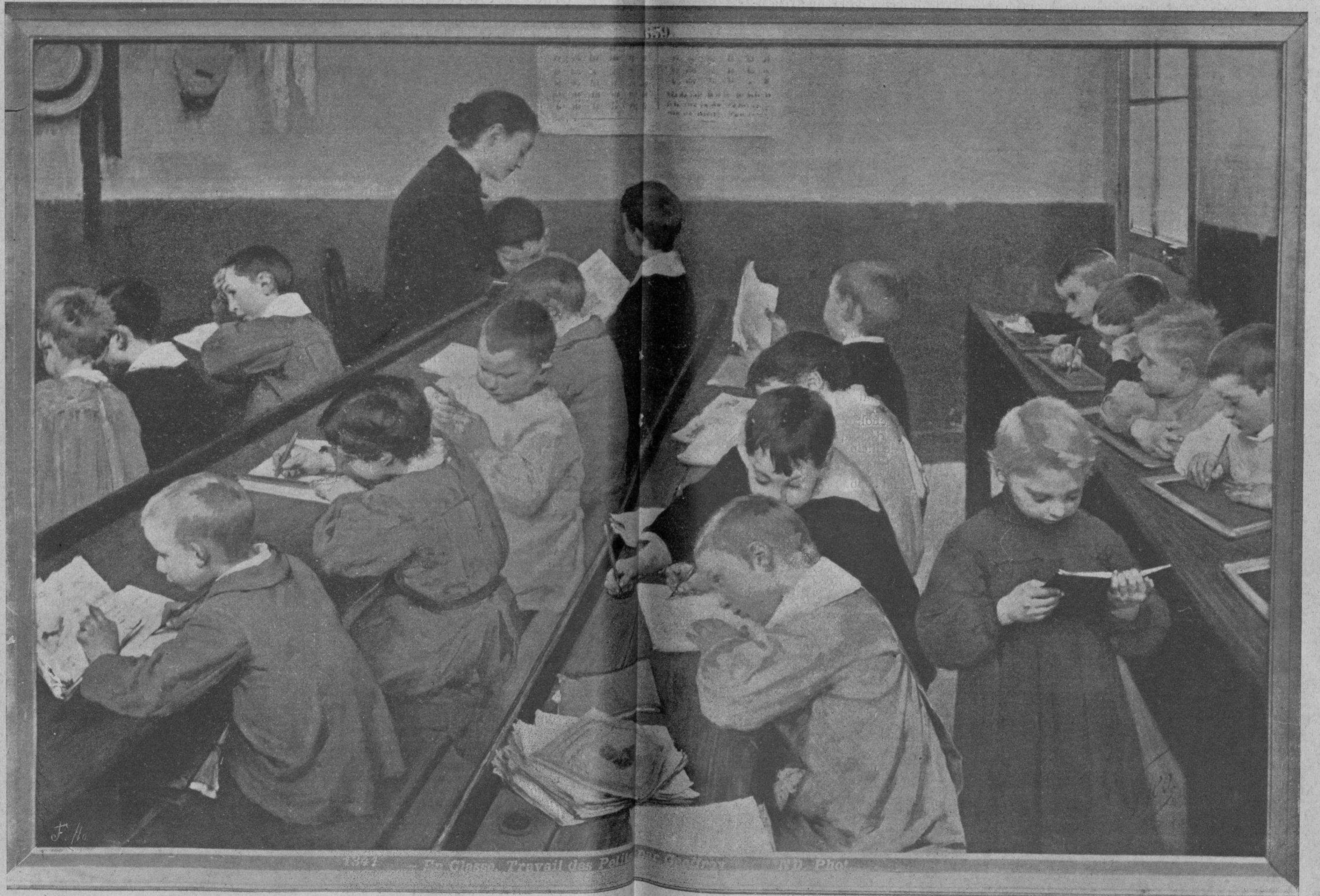
Sorprendido en flagrante delito el adulterio, aunque Dios prescribe no matar, la justicia encuentra razonable el precio del homicidio y exime de culpa al matador. Libre el reo, comprende, no obstante, que su virtud ha especulado; y nuevo Judas corre al día siguiente al tribunal de la penitencia á devolver los treinta dineros de la venta de su Dios.

Atraviesa la plaza, espantado de ver subir al patíbulo á un hombre que va á morir por haber matado á menos precio que él, y penetra en la iglesia invadida por un ejército triunfante que asiste al *Tedéum* entonado en alabanza

TIPOS ESPAÑOLES



Una chula de Madrid



En Clase. Trabajo de los niños

del Dios de las victorias. Allí la justicia no pregunta ya por las víctimas; la gloria borra los absolutos preceptos divinos; y la salud de la patria, dándole por pedestal el Decálogo cerrado, obliga á un venerable sacerdote á que, mientras un ministro del Señor exhorta en la plaza á un reo á conformarse con la satisfacción de la vindicta pública, y otro disuade en el confesonario al penitente á que busque en la mortificación y en la plegaria la remisión de su pecado, él, tendiendo su unguida mano, bendiga las cabezas de los que vienen de sembrar el campo de cadáveres.

—¡No matar!

—Pero si robo y se defienden...

—Sucumbid.

—¿Y si mancillan mi honra?...

—Ni aun así.

—Con todo; la conquista... el engrandecimiento... el imperio universal!...

—¡Tanto diréis!

ENRIQUE GASPAR.

La mañana

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol.
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata
Junto á adelfas de escarlata
Azucenas de alabastro.

Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores:
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje,
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.

La oscura selva, rumores;
El torrente, centelleos
De divinos resplandores;
La alameda, ruisiñores;
Los ruisiñores, gorjeos.

Toda la naturaleza,
Cuando el sol la da calor
Al peso de su grandeza,
La mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.

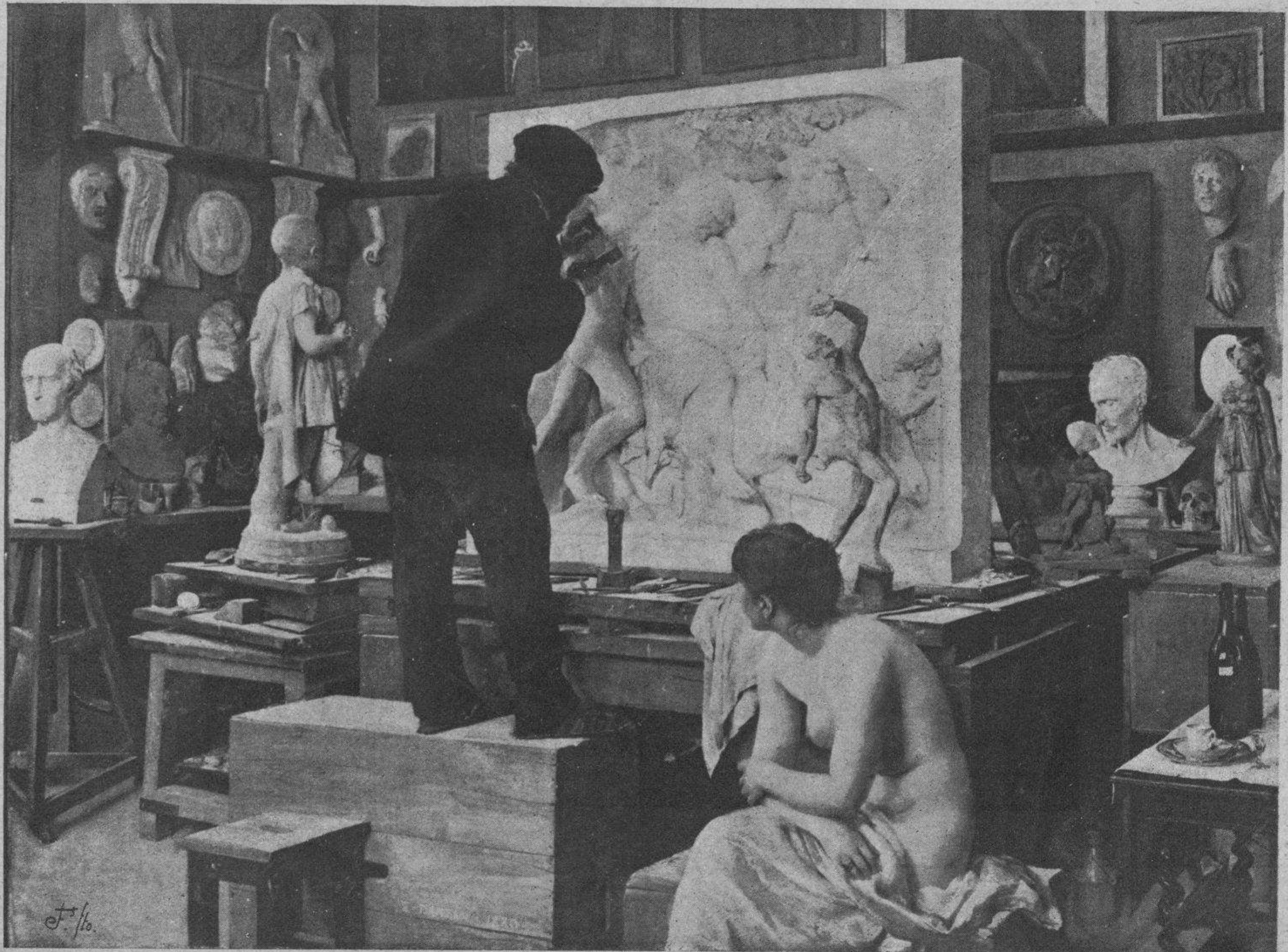
Lasciva al placer, arroja
Del pudor los blancos velos,
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja,
Ya tienen, bajo los cielos,

Los arroyos más cristales
Las rosas menos espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas.

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.



P. A. COT.—Meditación



DANTAN.—Un ángulo del taller

Las estampitas

Vida más ordenada, más metódica, más moral que la que se observaba en casa de doña Justa, era imposible. Y sobre todo piadosa, muy piadosa.

Todos los viernes del año, vigilia; toda la cuaresma, ayuno; todas las mañanas, misa; todas las tardes, novena ó trisagio ó vísperas; todas las noches, rosario, y á toda hora y en todo momento, religiosidad, recogimiento.

Ni en los conventos se hacía vida más ejemplar.

Pero todo aquello aburría soberanamente á Clara.

Diez y ocho años de edad, unos ojos que despedían rayos y una naturaleza volcánica en todo su vigor, no podían someterse sin protesta á costumbres tan exageradamente tranquilas y apacibles.

C. REICHERT



Un demagogo

Y luego la tentación al lado, porque Mauro, su primo, era una tentación: guapo, buen mozo, simpático y de casi la misma edad, pues veinte años no encierran diferencia muy notable en relación con diez y ocho.

Mauro era primo de Clara. Hijo de una hermana de doña Justa, que había pasado á mejor vida. Desde que quedó huérfano entró á formar parte de la familia de éstas, y con ellas vivía y con ellas se aburría en modo indecible, sin esperanzas de redención.

Doña Justa, siguiendo las postreras instrucciones de su hermana, tan piadosa como ella, quería á todo trance que Mauro siguiera la carrera eclesiástica. Así, su cuantiosa fortuna pasaría á Clara, y la voluntad de la ya difunta quedaría complacida.

No era cosa mayor la vocación de Mauro, y aunque hubiese sido cosa grande, es bien cierto que los ojos de Clara habrían dado al traste con ella. Pero, aun sin vocación, era preciso cumplir los deseos de aquella bondadosa y cristiana madre, tanto más cuanto que á la postre, aun siendo contra los deseos del muchacho, resultaría más meritorio el sacrificio.

Sin priesa se dedicaba al estudio el futuro clérigo, demorando cuanto podía su ingreso en el Seminario,

no tanto por el estudio como por separarse de su primita. Y como á doña Justa agradaba sobre manera el juicioso y simpático proceder del sobrino, ni le apremiaba ni sentía impacencias porque se fuese. ¡Elevaba la vista con tanta unción cuando dirigía el Santo Rosario!... Y que no era temible por lo que á su prima hacía referencia. Veíanse muy rara vez á solas, y cuando se veían conversaban de asuntos morales. Nada de moda, nada de la vida mundana.

Comentarios á la vida del santo del día, á la función de iglesia de la tarde precedente, al sermón del padre Tal ó Cual. Nada más.

Los regalos frecuentes que se hacían los primos, en presencia de doña Justa, consistían en cromos y estampas piadosas; jamás en cosa alguna profana.

Aquello era una bendición de Dios.

Pero lo que no veía doña Justa, y eso que no se le escapaba ni el vuelo de una mosca, lo que no veía era los frecuentes cambios de miradas entre ambos primos, miradas que no eran oraciones de devocionario, sino poemas, y de los transcendentales.

Así se deslizaban tranquilos los días, y Dios sabe si tan tranquilas las noches, y llegó la víspera del ingreso de Mauro en el Seminario.

—¿Y si no quisiera ser cura, mamá?—preguntó Clara á doña Justa.

—¡Qué horror! ¡Qué disparate!... ¡Desobedecer la voluntad postrera de mi hermana! ¡Contrariar el gusto mío!... Calla, hija, calla. ¿Qué iba á ser entonces?

—¡Toma! Se podría casar.

—¿Qué entiendes tú de eso? Las niñas no deben ocuparse de esas cosas.

No replicó Clara, ni doña Justa se dió por satisfecha con lo que acababa de decir:

—Si pensase abandonar la senda emprendida...—dijo con cierta solemnidad la piadosa señora—podía tener por cierto que no tenía mas tía, ni más prima... ni más vivir aquí. ¡No faltaba más!... Pero todo es una locura de chicuela que sólo á ti puede ocurrírsete.

Y estaba en lo firme doña Justa. El mismo Mauro, cuando supo lo ocurrido, al volver á casa, horrorizóse, se escandalizó.

—¡Oh! es un bendito, es un ángel del Señor—exclamó.—Su vocación es irrevocable.

Mauro, tras de lamentar amargamente las ideas de Clara, y de reconvenirla con dulzura, le regaló una preciosa lámina, comprada para ella.

Ten peccadorcita; por ahora es la última que habré de darte. Mañana nos separaremos hasta Dios sabe.

Tomó Clara el regalo, besó la imagen de la Santa allí impresa, la alabó mostrándola á su madre y guardóla como preciada reliquia.

Y no se habló más del caso.

Aquella tarde se celebraba la novena en la parroquia vecina, y, según costumbre, la familia encaminóse al templo.

Pero doña Justa no se sintió ni satisfecha ni tranquila. Las ideas vertidas por Clara eran motivo más que suficiente para consultar con el director espiritual lo que debería de hacerse.

Así fué que al terminar la función y ya en la puerta del templo, volvióse á los jóvenes y recomendóles que la esperasen por un instante.

Cuando hubo terminado la consulta con el padre espiritual, la buena señora trató de reunirse á los dos primos, pero no los encontró.

Dirigióse presurosamente á su casa, y allí fué su sorpresa. Clara y Mauro habían ido; sí, pero se marcharon en seguida. La criada no sabía más.

Doña Justa los buscó por toda la casa... y en vano. Lo único que encontró fué un paquetito de estampas y cromos piadosos, en el reverso de los cuales había escritos de Clara y Mauro, y junto á las láminas una hoja de almanaque con la fórmula para hacer tinta misteriosa... Lo escrito por los primos era un idilio amoroso...—¡Dios mío! ¡Para esto empleaban las estampitas, para entenderse!... ¡Qué sacrilegio! ¡Hay que consultarle con el director espiritual!...

PEDRO J. SOLAS.



Ch. F. ULRICH.—La labor

La flor de la cera

Una mañana de Abril,
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas,
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardín que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.
Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una joven linda
Cortando *flores de cera*;
Ocultéme en unas ramas
De jazmín y madre-selva,
Que abrazan á un rojo Adonis
Formando bóveda espesa.
Era su frente brillante
Como del amor la estrella;
Sus ojos vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas;
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cútis fresco y blanco
— Como la flor de la cera.
Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras:
Hablando consigo misma
De que la oyesen agena.

Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:
Dice bien Delio que eres
De los jardines la reina:
¡Si yo fuera tan hermosa
— Como la flor de la cera!
De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas,
Y de Delio bajo el nombre
La hice amorosas protestas:
¡Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda!
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
— Como la flor de la cera?...
Escogió después algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.
Fuese á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal,
Y exclamó de gozo llena;
«Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea,
Dirá que voy tan preciosa
— Como la flor de la cera».

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS (PLÁCIDO)

MARGITAY



Envidia

ALBERTO FOURIÉ



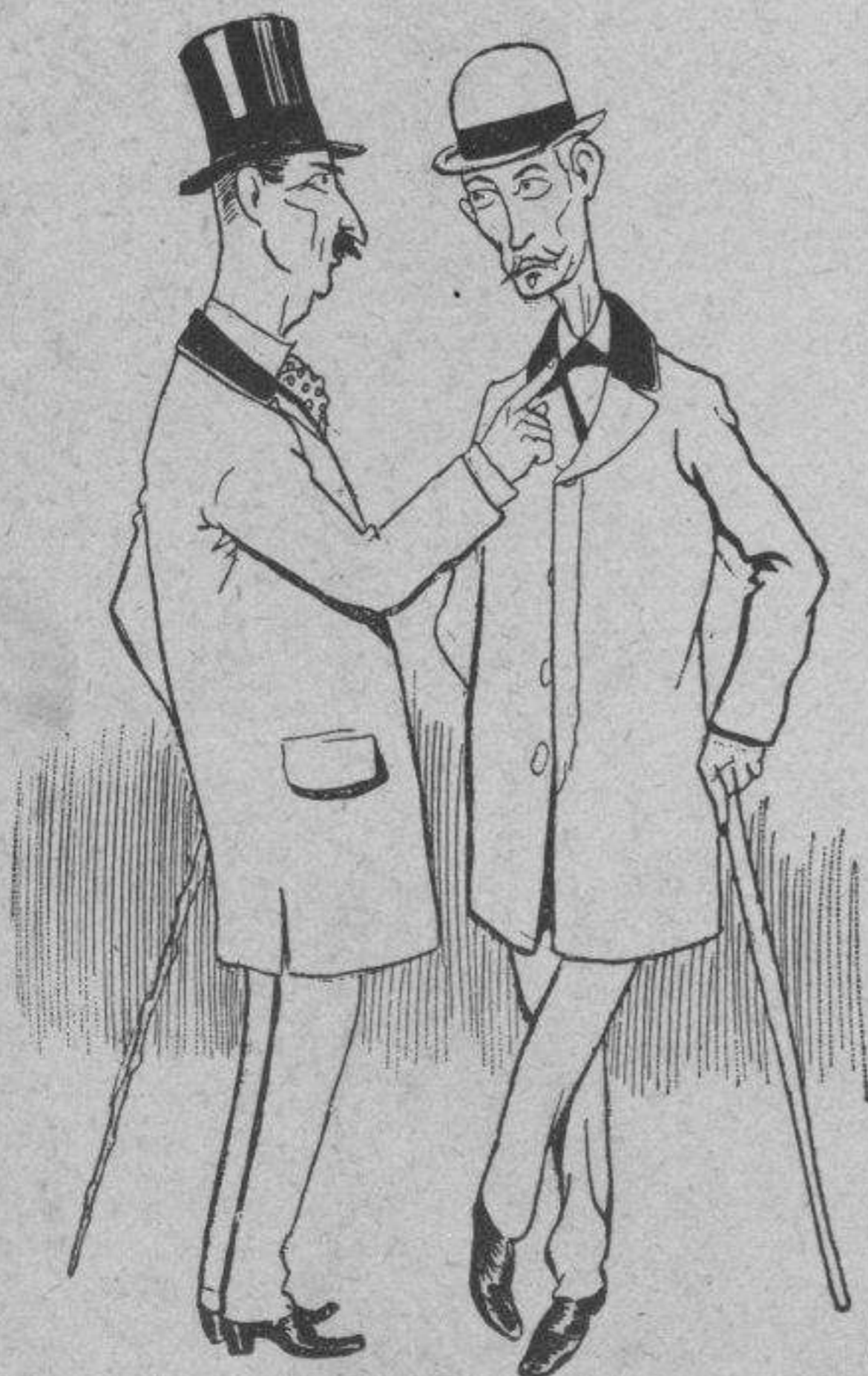
Far niente

I



—Tengo la esperanza, Inés, de que pronto pasaré la trocha de tu corazón.

—¡Miste que Dios, ni que fuá yo el general Arolas...



—Desengáñese usted; la trocha la pasan los insurrectos porque al gobierno le da la gana. Ahí no hay más que poner un rótulo que diga: «Se prohíbe á los insurrectos el paso de la trocha bajo la multa de cinco pesetas.»

—¡Pues es verdad!

A todo el mundo le chocaba el haberlos visto siempre lo mismo: á Juan de Dios, amante y cariñoso, y á Julia, displicente y fría. No correspondía ésta con amor, con verdadero amor á las apasionadas caricias de su esposo. En público presentábanse juntos los dos; él devorándola con la vista, ella mirando á cualquier lado, desdeñosa, indiferente, sin cuidarse ni un momento de acariciar con los ojos á su marido.

Y el caso es que eran felices...

Llevaban siete años de matrimonio. Juan de Dios estaba cada día más enamorado de su mujer. Se consideraba feliz, y la verdad es que no tenía motivo para creerse desgraciado: Julia no le dió jamás fundamento alguno de queja.

No se hablaba de ella como de otras muchas que coquetean con todo el mundo, y creen que por ser hermosas deben tener una pequeña corte de adoradores, á la cual se alimenta fácilmente con una mirada, con un suspiro, con una esperanza dada á tiempo. No; Julia no era de esas. Bien es verdad que con su marido no se mostró nunca todo lo cariñosa que debe serlo una mujer con el hombre elegido para compartir las horas de la vida; y esto demasiado lo comprendía Juan de Dios, y hasta en alguna ocasión lo había pensado detenidamente, pero desechó tales ideas diciéndose que aquella displicencia de Julia podía ser causada por su mismo temperamento, por su carácter retraído... Lo cierto y verdadero es que la cara de Julia, sin dejar por eso de ser hermosa, parecía estampa del fastidio y del aburrimiento.

¿Cómo había de pensar Juan de Dios que su mujer no le amaba?... ¡Imposible!... Por lograr Juan de Dios una sonrisa de Julia hubiera hecho los sacrificios más grandes, hubiera realizado las cosas más imposibles... Proporcionábale todos aquellos detalles que la comodidad más refinada puede apetecer, los caprichos todos, y si al pensamiento humano fuera dado arrancar una á una las estrellas que tachonan el firmamento para con ellas alfombrar el paso de la mujer amada arrojándolas á sus pies, Juan de Dios lo hubiera realizado... ¡Pensar en una infidelidad de Julia!... Por deber, por gratitud, aquella mujer debía estar siempre adorando á su esposo, que había puesto en ella todo el amor que es capaz de sentir un hombre.

II

Y en los seis años de matrimonio nunca la más ligera nube enturbió la paz que disfrutaban ambos esposos.

Notó Juan de Dios que Julia se desmejoraba y echóse á temblar por la salud de su mujercita...

Transcurrido algún tiempo adquirió la convicción de que Julia se moría.

Comprendió que la enfermedad que lentamente consumía á su esposa no se podía combatir con nada, que era producto de aquella tristeza inconcebible, de aquella melancolía tenaz que ajaba su hermosura y minaba su existencia.

— Julia no ha nacido para este mundo... ¡Es un ángel! — decía Juan de Dios desesperado.

Poco á poco, como una luz que se consume, la vida de Julia se acababa por momentos... Para combatir el mal la recomendaron distracciones varios doctores; pero ¿qué distracciones proporcionar á quien no recrea nada? ¿Qué remedio encontrar para un mal que no tiene nombre?

A veces presentimos grandes desgracias y Juan de Dios presintió la muerte de Julia. Mientras ella sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro, aguardaba pacientemente su última hora, Juan de Dios recorría todas las habitaciones deteniéndose delante de aquellos objetos que le recordaban escenas de la vida pasada, momentos de placer de los que jamás podría olvidarse.

Un día penetró en el gabinete de Julia. Distráido comenzó á revolver los papeles de su esposa, y sin querer se le llenaban los ojos de lágrimas al contemplar los pequeños enseres que su adorable dueña no utilizaría ya más... Abría y cerraba los cajones del escritorio automáticamente sin saber lo que hacía y sin darse cuenta de ello... De pronto sus ojos se fijaron en un papelito de cartas cuidadosamente atado en una cinta de color de rosa.

¡Qué recuerdos tan tristes le traían á su mente aquellas cartas!... Eran, sin duda, las que cambió con Julia, cartas llenas de amor, impregnadas de alegría infinita... Quiso recordar aquella época feliz, volverlas á leer aunque su lectura le desgarrase el alma, y desatando la cinta que las sujetaba, comenzó la tarea.

Febril, ansioso, leía una y otra carta, mejor dicho, las devoraba... Cuando terminó, pálido, desencajado, intentó levantarse... Hablaba en alta voz, como si estuviera loco... ¡Era verdad! ¡Julia le había engañado! ¡Y de qué manera!... Aquellas cartas eran de su amante; en ellas el seductor, á quien en un momento de arrebató Julia se había entregado, la proponía borrar la falta aconsejándole el matrimonio con Juan de Dios... Y después, mucho después de casada Julia había continuado aquellas criminales relaciones.

¡Era para volverse loco!... Y estaba allí moribunda, es verdad, pero con vida aún...

Lo de la trocha



—Y ¿sabes tú lo que es eso de la trocha?

—No, pero me parece que debe de ser alguna inmoralidad.



—Vamos, que si á mí me dicen: «Gumersindo, al otro lado de la trocha tienes un plato de judías y una lata de sardinas...» ¡Paso la trocha, vaya si paso! ¡Esto como la luz!

Estaba allí, sólo le separaba de ella la puerta del gabinete. Desesperado Juan de Dios no reflexionaba.

Pensó que aún podía vengarse, aún podía matarla complaciéndose en su agonía... Hizo un esfuerzo supremo, púsose de pie, cogió un arma, y empujando la puerta penetró en la alcoba de Julia dando voces, gesticulando, iracundo.

En la semiobscuridad de la habitación

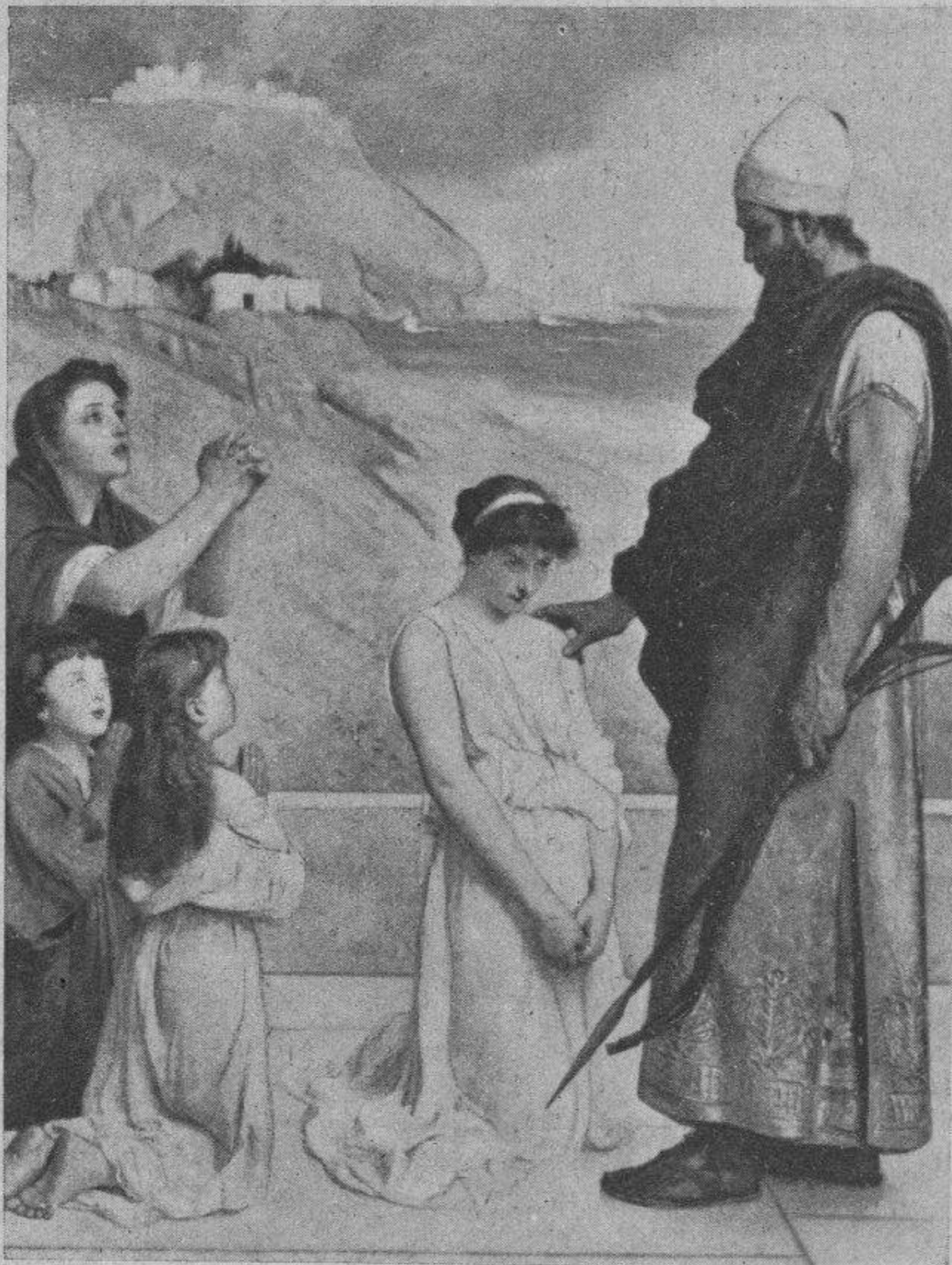
veíase á Julia reclinada en una verdadera montaña de almohadones, con el cabello suelto, los ojos hundidos, las manos descarnadas.

Juan de Dios se detuvo, la contempló un instante, nubláronsele los ojos, y arrojando el arma lejos de él, reclinó la cabeza en el pecho de Julia llorando como un niño y diciendo con voz velada por los sollozos

— ¡Qué mala!... ¡Qué mala eres!...

GUILLERMO DE LOJA

Ph. H. CALDERON



Jóvenes vírgenes pidiendo la gracia del martirio

Cantares populares

Para mí siempre es de noche,
de noche tiene que ser,
hasta que llegue mi muerte
y entonces empiece á ver.

Mi amante es alto y moreno
con garbo lleva la faja,
en mi casa no le quieren,
¡de qué me sirve su gracia!

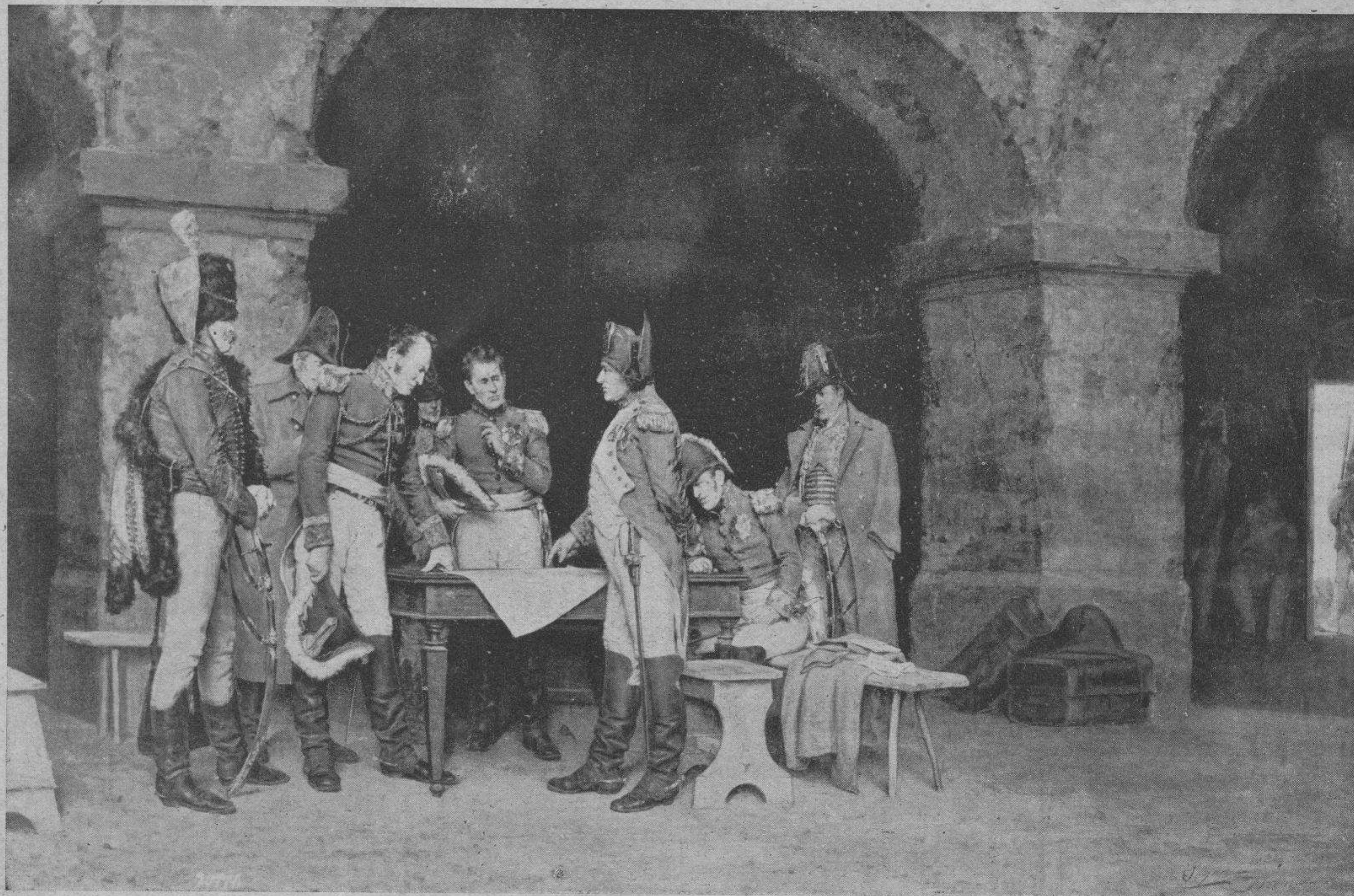
Para mí ya se acabó
gusto, placer y alegría,
pues que la vista he perdido
á lo mejor de mi vida.

Después de diez años muerto
la tierra me preguntó,
que si te había olvidado,
y yo la dije que no.

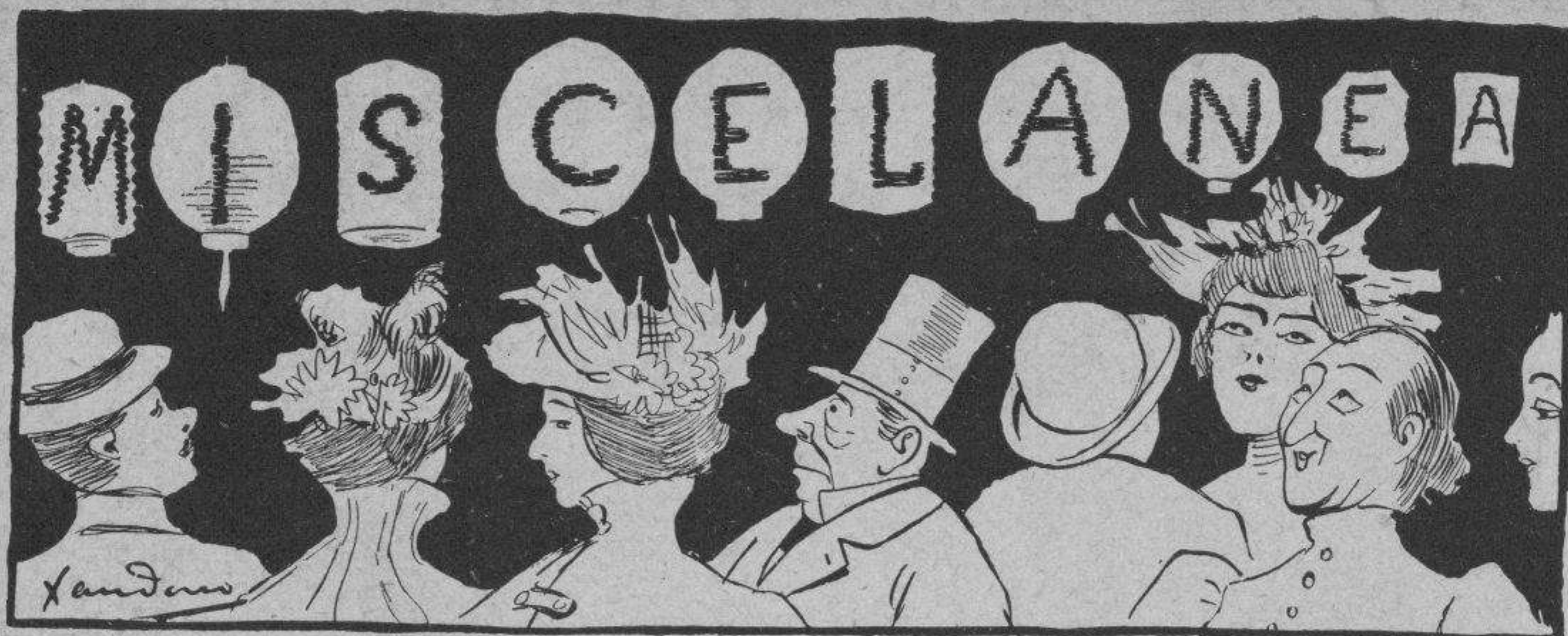
En el mar hay una parra
que llega el sarmiento al suelo,
allí se van á llorar
los que no tienen consuelo.

Se me ha acabado el calor
de mi padre y de mi madre,
y si se me acaba el tuyo
no tengo calor de nadie.

ALCIDE SEGONI



— BONAPARTE: «Mañana, antes de la noche, estará en nuestras manos.»



Coplas alegres se titula un elegante tomo de poesías de don Eustaquio Cabezón, que dicho señor ha tenido la galantería de remitirnos.

Los elogios que toda la prensa ha hecho de esta obra, nos excusa á nosotros de ocuparnos extensamente de ella.

Se vende en las principales librerías al precio de dos pesetas



Hemos recibido la *Guía oficial de los Servicios de Correos*, que publica mensualmente el Administrador de la Central de Barcelona.

Excusamos recomendar su gran utilidad para el comercio.



Un potentado norteamericano ha ofrecido á la Patti cien mil duros por el precioso álbum que la *diva* posee y que ésta se ha negado á venderle.

Con tal motivo, no estará de más recordar los méritos que encierra este álbum de autógrafos de cantantes y de autores célebres y también de personajes ilustres á quienes la gran artista ha conocido durante su carrera.

La mayor parte de los artistas de canto de esta segunda mitad del siglo han consignado en el álbum los sentimientos de su admiración por la *diva*.

Allí están las firmas de Mario, de Naudin, de Tamberlick, de Faure, de la Grisi, de la Alboni, de la Nilsson y de Masini.

Entre los más entusiastas admiradores que han escrito su nombre en el libro de oro de Adelina Patti, figuran Rossini, Meyerbeer, Berlioz, Auber, Gounod, Ambrosio Thomas, Jorge Bizet y Verdi.

Este último escribió hace años en el álbum, las siguientes palabras:

«Primero, Adelina; después, Adelina y siempre Adelina».

El álbum, riquísimamente encuadernado, está guardado en una elegante vitrina dorada, que constituye uno de los mejores ornamentos del castillo de Graig-y-Nos.

De su elegante encierro no lo harán salir las brillantes ofertas de los más acaudalados americanos, porque la Patti no se ocupa para nada del arduo problema del *panem quotidianum*.



Informado el rey de Prusia, Federico II, de que se había fijado en las esquinas un pasquín contra él, ordenó inmediatamente que se despegara cuidadosamente y lo pegaran de nuevo más bajo, á fin de que los curiosos pudieran leerlo cómodamente.



En visita de duelo, lamentábase la muerte de una señora recién casada.

La suegra de la difunta lloraba á lágrima viva.

—¡Y tan joven!— exclamó uno,—¡porque no tenía más que veinticinco años!

—¡Treinta!—interrumpió bruscamente la suegra. Y siguió llorando como si tal cosa.



RECETAS DE TOCADOR

Vinagre virginal

Alcohol. }
 Vinagre fuerte } aa. partes iguales
 Benjuí }

Déjese macerar; fíltrese. Algunas gotas en agua le dan un aspecto lactescente y le comunican un perfume agradable y propiedades tónicas para la piel.



—¿Qué va á que ando en cuatro pies?—decía á un maestro de escuela un su discípulo predilecto, hijo del alcalde del pueblo.

Y el maestro, fingiendo reír por la gracia, replicaba:

—No, hijo mío, no hagas eso, que te vas á acostumar. Así empezó tu padre.



Llorando noches y días,
 Doy á mis ojos enojos,
 Y es porque fueron mis ojos
 Causa de las penas mías.



El orgullo de los que no pueden edificar consiste en destruir.

DUMAS.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR

V. SUÁREZ CASAN



PROPIETARIO

PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *—

España y Portugal, semestre 6 pesetas
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. —Barcelona